

MISTERIO EN EL TREN



El ladrón
del
Highland Falcon

DESTINO

M. G. LEONARD Y SAM SEDGMAN

MISTERIO
EN EL TREN

El ladrón
del
Highland Falcon

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Adventures on trains. The Highland Falcon thief*
© del texto: M. G. Leonard y Sam Sedgman, 2020
© de la traducción: Rosa Sanz, 2021
© de la ilustración de cubierta: Fernando Vicente
Publicado originalmente en 2020 por Macmillan Children's Books, una división de Macmillan Publishers Limited

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2021
ISBN: 978-84-08-23786-0
Depósito legal: B. 252-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Un billete de ida

Harrison Beck se sacó un bolígrafo del chubasquero amarillo, le dio la vuelta hábilmente con el dedo índice y se puso a escribir en el margen central del periódico extendido sobre la mesa. Las arrugas de preocupación que se marcaban en la frente de su padre empezaban a ponerlo nervioso.

Colin Beck dejó la sección deportiva del diario con un suspiro exasperado y señaló el reloj de la estación.

—Habíamos quedado a las cinco con tu hermano. Estamos en la cafetería que nos dijo y son las cinco. —Contempló a la gente que pasaba ante ellos—. ¿Dónde demonios está, Bev?

Beverly Beck posó la mano en la manga de su marido y lo regañó con ternura:

—No te estreses, cariño, o te dará una indigestión. Nat llegará a tiempo.

Hal movía el boli compulsivamente mientras estudiaba

el rostro de su madre. Parecía cansada, y llevaba puesta la trenca azul de su padre, que le quedaba enorme, pero el embarazo estaba tan avanzado que le asomaba el vientre por delante. A Hal nadie le había preguntado si quería tener una hermanita; iba a tenerla tanto si le gustaba como si no. Entonces soltó el boli y dijo:

—Mamá, no quiero irme con el tío Nat. Prefiero quedarme con vosotros. Además, no me gustan los trenes. Son un rollo.

—Lo sé, salchichita —respondió ella alborotándole el pelo—, pero te vendrá bien pasar un tiempo con tu tío. Es un hombre interesante.

Hal puso mala cara. Siempre que un adulto decía que algo era bueno para ti significaba que iba a ser aburrido, asqueroso o las dos cosas.

—Estarías encerrado en la sala de espera de un hospital, que no es lugar para terminar las vacaciones de verano. —Le dio una palmadita en la cabeza—. Hasta es posible que lo pases bien y todo.

—Lo dudo.

Hal alzó la vista al cielo nublado que se divisaba a través del techo de cristal. No le apetecía viajar en tren con un tío excéntrico al que solo veía en Navidad. Los altos arcos de ladrillo de King's Cross estaban cubiertos por una celosía blanca, que hacía que el interior pareciera una colmena y los ajetreados pasajeros, abejas. Un hervidero de gente corría de un lado a otro arrastrando maletas y portando maletines. Un hombre intentaba vender periódicos junto a un puesto

de metal. Hal pudo leer el titular «El ladrón de joyas ataca de nuevo» cuando una señora trajeada le compró uno y se lo guardó bajo el brazo para leerlo en el tren. Dos palomas de pecho abultado se acercaron a la mesa picoteando el suelo.

Colin Beck dio una patada al aire.

—Fuera de aquí, bichos —gruñó.

Hal miró a su padre con el ceño fruncido, arrancó la corteza de su bocadillo de jamón a medio comer y se agachó para lanzársela a las aves de ojos desorbitados, que comenzaron a pelearse por el trozo de pan. En ese momento, unas deportivas de ante de color carbón con tres rayas blancas se detuvieron ante la mesa. Encima de ellas, unos pantalones castaños de espiguilla con las pinzas bien marcadas. Solo podía tratarse de una persona. La silla metálica de su madre emitió un chirrido al desplazarse.

—¡Nat! —exclamó, rodeando la mesa y echándose a los brazos de su hermano mayor.

—Tranquila, Bev, que me vas a tirar. —El tío Nat dejó la maltrecha maleta de cuero y el paraguas y le devolvió el abrazo—. ¿Cómo estás, querida? ¿Todo bien?

—Sí —respondió ella, mirando a Hal—. Estoy bien.

—Me alegro de verte, Nathaniel. —Su padre se había levantado y estrechaba la mano de su cuñado—. Te estamos muy agradecidos, de verdad.

Los ojos de Hal fueron de uno a otro. El tío Nat estaba compuesto de líneas rectas. Era delgado, llevaba el pelo liso bien cortado y unas gafas gruesas de carey. Su gabardina beis y su jersey mostaza combinaban a la perfección con los

pantalones y los zapatos. Su padre, por el contrario, era un amasijo de circunferencias. El rostro amable y redondeado daba paso a un tazón de cabellos canosos con entradas, coronados por una calva. Tenía los hombros encorvados y vestía una camisa de cuadros azul marino, metida por dentro de unos chinos ajustados con cinturón marrón que le resaltaban la barriga.

El tío Nat se volvió hacia Hal con un fulgor en la mirada.

—Ya era hora de que conociera mejor a mi sobrino —dijo tendiéndole la mano—. Has crecido mucho desde Navidad, Harrison. ¿Tienes ganas de que emprendamos nuestra aventura sobre ruedas?

Hal le estrechó la mano y asintió, pero no iba a decir que sí en voz alta, porque habría sido mentira. Un largo viaje de ida y vuelta hasta Escocia con su excéntrico tío en el tren más lento del mundo no era lo que él consideraba una aventura.

—¿Seguro que te parece bien llevarte a Hal? —preguntó su madre, cogiendo la mochila y poniéndosela sobre los hombros—. Ya le he dicho que no te moleste cuando tengas que trabajar.

El tío Nat escribía libros de viajes, y había accedido a que Hal lo acompañara en su próximo periplo mientras Beverly Beck daba a luz en el hospital.

—Por supuesto que sí. No os preocupéis por nosotros. —Nat tocó el vientre de su hermana con delicadeza—. Tú céntrate en traer a este bebé al mundo. Espero que vengáis los tres a recibirnos dentro de cuatro días, a la estación de Paddington.

—Eso. —Hal asintió con efusividad, y, aunque movió los labios, no salieron más palabras de su boca.

—Todo irá bien, hijo —musitó su madre, que se agachó y le acarició la mejilla—. No tengas miedo. Papá cuidará de mí. —Se soltó la cadena que llevaba al cuello—. Toma, la medalla de san Cristóbal del abuelo para que te dé suerte. Es el patrón de los viajeros, así que te protegerá durante el trayecto.

Hal sostuvo la lámina de plata entre los dedos y palpó el grabado de san Cristóbal, con su bastón en la mano y un niño al hombro.

—¿Y qué pasa si la necesitas tú?

—Ya me la devolverás cuando vuelvas a casa. —Beverly se la colgó al cuello, le colocó bien la capucha del chubasquero, que se había quedado enganchada en la mochila, y recorrió su cabello rubio ceniza con las yemas de los dedos—. Te vas a portar bien con tu tío, ¿verdad?

—Sí, mamá.

—¿Qué ruta sigue el Highland Falcon, Nathaniel? —preguntó Colin.

—Subiremos por la costa este hasta Balmoral, donde haremos una parada para comer mañana, atravesaremos Escocia y bajaremos por el oeste.

El padre de Hal asintió con la cabeza y dijo:

—Empezaron a decorar Crewe hace unos días. La estación estaba preciosa cuando tomamos el tren esta mañana.

—Seguro que estarán a la altura de las circunstancias —respondió Nat, guiñándole el ojo a Hal—. Ya verás, recordarás este viaje durante el resto de tu vida.

—Qué suerte tienes, hijo mío. —Su padre le dio una palmadita en el hombro—. Aún me acuerdo de cuando era un chaval y saludaba al *Falcon* con la mano cada vez que pasaba por Crewe. Es una locomotora preciosa.

—Te voy a echar de menos. —Su madre lo abrazó—. Obedece a tu tío, ¿de acuerdo? Nos veremos dentro de cuatro días.

—Vamos a pasarlo en grande. —El tío Nat cogió su maleta, se enganchó el paraguas en el brazo y le ofreció la mano a Hal—. Será mejor que nos pongamos en marcha si no queremos perder el tren.

Hal tenía un nudo en la garganta y no fue capaz de decir adiós. Sus padres se despidieron con una sonrisa a la vez que el tío Nat tiraba de él por el vestíbulo. Vio que su padre rodeaba con el brazo los hombros de su madre en un gesto protector. Entonces dieron media vuelta, se unieron a la multitud y desaparecieron sin más.

—Voy a darte tu billete.

El tío Nat le soltó la mano y tanteó el bolsillo de su gabardina.

Mientras buscaba a sus padres con la mirada, Hal no vio más que los rostros impassibles de los desconocidos. De pronto se sintió vacío por dentro. Nat le entregó un rectángulo de papel.

—¿Estás preparado, Harrison? —La voz de su tío era suave, como la de su madre.

Hal echó un breve vistazo por encima del hombro, luego se volvió hacia Nat y asintió.

—Estoy preparado.

Una muchedumbre se agolpaba junto a la entrada del andén, luchando por el mejor sitio.

—No perdamos tiempo en la alfombra roja —dijo el tío Nat, echando a andar—. Dejemos el foco de atención para quien lo quiera.

Hal notó una punzada de terror al reparar en su chubasquero amarillo y sus vaqueros gastados. No llevaba la ropa adecuada para pisar una alfombra roja.

—Billetes, por favor —pidió un revisor uniformado. Hal mostró la tarjeta blanca en la que figuraba su nombre. Las cámaras destellaron y el hombre sonrió—. Bienvenido al último viaje del Highland Falcon.